

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Baró, 16

B A R C E L O N A

La Bella de Baltimore

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el célebre actor CONRAD NAGEL
y la bellísima

DOLORES COSTELLO

Por MANUEL NIETO GALÁN

Exclusivas "D I A N A"

Calle de Rosellón, 210 - Barcelona

REPARTO:

Jerónimo Lavelue . . .	CONRAD NAGEL
Isabel Patterson . . .	DOLORES COSTELLO
Comandante Patterson .	MAR MC. DERMONT

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Era el año 1804, en la época en que el nombre de Napoleón atronaba todos los ámbitos del mundo, hasta América había llegado también el eco de sus glorias. Para el espíritu del gran Emperador le parecía estrecho el límite de Europa y no tardó en poner sus ojos sobre el nuevo continente, ansioso de ensanchar sus dominios por las cinco partes del globo.

En el año en que empieza nuestra narración, sobre un delicioso paraje de las montañas azules de Virginia, el sol empezaba a esparcir el oro de sus rayos sobre la viva verdura de los campos y las plantas, al recibir su beso vivificador, dejaban caer como perlas, las gotas del rocío que aun temblaban sobre ellas.

Para los trasnochadores, que se acuestan "todos los días" al día siguiente, pasan desapercibidas las bellezas de estas plácidas mañanas y esto era lo que precisamente ocurría a un grupo de huéspedes que se alojaban en el espléndido, por aquel entonces, "Springs Hotel". Habían empezado una partida de nai-

pes la noche anterior y a aquella hora, las nueve de la mañana de día siguiente, aun continuaban el juego discutiendo a grandes voces los incidentes de cada jugada.

Aquella algarabía, reproducida a cada momento, acabó con la paciencia de otro de los huéspedes, del comandante Patterson, uno de los hombres más ricos de la comarca, que había llegado de Baltimore, con su familia hacia unos días. Sin poder aguantar por más tiempo el ruido de los jugadores, salió de su habitación y asomándose a la escalera se encaró con ellos diciéndoles:

—¿Pero es que vosotros no dormís nunca... ni pensáis dejar dormir a los demás?

Su presencia fué motivo para que amainara la discusión y el comandante volvió nuevamente a su dormitorio, encargándole primero al criado negro del hotel:

—Trae mi refresco de grosella.

Cumplió el camarero la orden recibida, pero al ir a entrar el refresco al dormitorio del comandante, apareció un nuevo huésped y se bebió tranquilamente la bebida, ante el asombro del negro.

Se trataba de un muchacho joven, de apuesta figura y cuya simpatía extraordinaria era difícil eludir. Todo lo que se sabía del huésped francés, pues esta era su nacionalidad, es que se llamaba Jerónimo Laverne y que era profesor de idiomas, al servicio, desde

hacia poco tiempo del comandante Patterson.

La misión de aquél era la de dar clase de su idioma a la señorita Betsy, la hija del comandante, una linda jovencita, cuya cabecita de muñeca albergaba los más locos sueños de romanticismo; pero, para nosotros, Jerónimo Laverne no era solamente un simple profesor de idiomas, sino que se trataba nada menos del capitán Bonaparte, hermano del que dentro de pocos días había de ser el Emperador de Francia. Había llegado a Filadelfia como enviado especial de su hermano y al conocer a Betsy sintió que su corazón se inflamaba a impulso de un único y ardiente amor y decidió seguirla hasta conseguir conquistar el corazón de "La bella de Baltimore", nombre con que vulgarmente era conocida. Para ello se fugó misteriosamente de sus acompañantes y entró como simple profesor al servicio del comandante Patterson.

Tan pronto como desapareció Patterson, los jugadores continuaron su partida y uno de ellos, uno de los tantos ociosos, que malgastaban inútilmente su fortuna y a quien la suerte le había deparado ser prometido de Betsy, por mandato de su padre, sacó un rico medallón de pedrería, en cuyo centro se hallaba el retrato de la joven y lo ofreció diciendo:

—Me juego este medallón, contra quinientos dólares.

Los jugadores se quedaron extrañados ante esta oferta y uno de ellos se atrevió a contestar:

—¿Es usted capaz de jugarse a la gloriosa Betsy por un puñado de oro?

—¿Por ventura cree usted que no vale tanto? —contestó cínicamente el otro.

Jerónimo Laverne, al ver la acción de aquel miserable, que de un modo tan indigno ofrecía un recuerdo por el que él hubiera dado hasta la vida, bajó rápidamente hasta donde estaban los jugadores y exclamó:

—¿No se da usted cuenta de que, además del medallón, pierde usted la dignidad en esa jugada?

Era demasiado el orgullo del otro para admitir aquellas frases que venían a ser un insulto y respondió airadamente:

—Se tragará usted esas palabras!

Laverne, sin querer hacer caso de aquella amenaza, sacó un bolsillo en el que había la cantidad solicitada por su rival y lo arrojó a la mesa, a la vez que recogía el medallón diciendo:

—Permítame que rescate por dinero esta gloriosa presea, que es usted indigno de poseer.

El prometido de Betsy se arrojó sobre él y a no ser por los demás que intervinieron a tiempo le hubiera abofeteado. Sin embargo, Laverne sonrió irónicamente y exclamó:

—Estoy a sus órdenes, caballero.

No esperó el otro a más para dirigirse hacia un testero de la habitación, donde había varias espadas, seguro de que su gran dominio sobre las armas le bastaría para castigar lo que él consideraba una insolencia.

Entre tanto, dos de sus amigos se acercaron a Laverne y le advirtieron:

—Me parece que comete usted una temeridad al cruzar su espada con él. Es el mejor tirador de Baltimore.

Laverne volvió a sonreír nuevamente, como queriendo decir que le importaba poco la prudente advertencia y su contrario le dijo, al notar su tranquilidad:

—Mis amigos me piden, que tenga la caridad de prevenir a usted, que tiene que habérselas con el tirador más formidable de Virginia.

—Entonces — respondió el profesor, sin abandonar su burlona sonrisa — si a usted le parece, me contentaré con que pida perdón.

Desde aquel instante los dos hombres se acometieron, pero pronto vió el despectivo prometido de Betsy que tenía que habérselas con un consumado maestro de esgrima. Cuando él creía que una de sus infalibles estocadas daría fin al combate, una parada de Laverne le hacía fracasar su tentativa, hasta que finalmente se vió acorralado por el florete del



«Le qu'ré siempre», siempre

profesor cuya punta no se le apartaba de los ojos.

Varias veces consiguió desarmarlo, pero siempre Laverne, dando prueba de una nobleza extraordinaria, le permitía apoderarse del arma y comenzar nuevamente la lucha. Bien a las claras se veía que el francés no le daba a aquel combate la menor importancia y que no hacía otra cosa que jugar con su contrario. Este juego duró hasta que en el reloj sonó la campana anunciando las diez y entonces Laverne, tirándose a fondo, clavó la ropa de su contrario contra la pared y dejándolo así exclamó:

—Discúlpeme si le dejo en tan mala situación, pero he de acudir a una cita que me interesa más.

De un salto se encaramó sobre la ventana y se volvió hacia los otros, que le miraban atónitos, y se despidió de su adversario diciendo:

—Ah, y lamento no haber podido comprobar, ese buen temple del mejor acero de Virginia...

Los jugadores no salían de su asombro y uno de ellos no pudo ocultar por más tiempo su admiración y dijo:

—¡No se conciben!... ¡Un maestro de idiomas que revela su maestría, como profesor de cegrima!

—¡Y que gasta su dinero como si fuera un príncipe!—exclamó otro.

Sin embargo, el rival de Laverne, sin querer contestar a aquellas palabras, que encerraban una irónica burla sobre su fama de esgrimidor, sacó la espada que lo tenía sujeto a la pared y salió del hotel, convencido de que aquel hombre, que tan admirablemente manejaba las armas, no podía ser lo que aparentaba.

Jerónimo Laverne dijo verdad al decir que tenía que acudir a una cita mucho más interesante que el duelo que estaba efectuando, puesto que a aquella hora lo estaba esperando Betsy en el jardín del hotel. Al verlo venir y molestanda por haberla hecho esperar escribió rápidamente una nota sobre un papel y la dejó clavada con un alfiler en el banco que estaba sentada, subiéndose después a un árbol para ver la impresión que causaba en su admirador.

Cuando llegó éste, recogió la esquila escrita por la muchacha y leyó su contenido que decía:

"Un caballero puede solamente hacerse esperar de su mujer, o de su novia. No estaría de más que aprendiese usted urbanidad."

—Aquel imbécil me ha hecho quedar mal!—exclamó interiormente Laverne. Pero entonces se dio cuenta de la sombra que sobre su cabeza proyectaba Betsy y para darle a

entender que no le importaba nada, hizo como que no la había visto y continuó diciendo en voz alta, para que fuese oído de ella:

— Señorita Patterson, pienso que su esquelita es tan inapertinente como su persona...

Betsy, que no esperaba aquellas palabras, no pudo reprimir un gesto de extrañeza, que pasó desapercibido para él, que siguió diciendo, después de sacar y contemplar durante un gran rato el medallón que había comprado hacía unos momentos:

— No sé por qué he hecho la tontería de rescatárla, cuando acaso se merecía usted estar donde estaba...

Un leve ruido en las ramas hizo comprender a Laverne que sus palabras producían el resultado deseado y continuó su monólogo diciendo:

— Esos ojillos verdes y esa naricilla respingona me inquietan...

La muchacha no pudo contenerse más y desde su observatorio le dijo irritada, pero con ese cnojo que sólo sabe producirlo el amor:

— ¿Dónde ha encontrado usted ese medallón, dando por hecho que lo haya encontrado?

— Le aseguro que estaba en un lugar no muy a propósito — respondió sonriendo el francés.

— Pues si tanto le inquieta, lo mejor que

puede hacer es devolvérmelo — le propuso la muchacha, aunque interiormente deseaba lo contrario.

— ¿De veras lo quiere? — le preguntó Laverne, sin abandonar su burlesca sonrisa.

— ¡No solamente lo quiero, sino que le exijo que me lo devuelva! — exclamó Betsy.

— Entonces tómelo — respondió el hermano de Napoleón, haciendo además de entregárselo. La joven creyó de buena fe las palabras del profesor y alargó el brazo para cogerlo, mas el otro lo retiró inmediatamente y Betsy, creyendo que se caía avanzó más el cuerpo y la que cayó en brazos de Laverne fué ella.

Laverne sin soltarla le dijo:

— Nadie más que usted tiene la culpa, señorita, de que su belleza me embriague, hasta el punto de decir tonterías.

Aquella galantería fué suficiente para disipar el mal humor de la joven, que suspiró tristemente diciendo:

— ¿Qué lástima que no sea usted más que un simple profesor!

— Perdón, señorita — exclamó Laverne inmediatamente —. También soy un hombre.

La muchacha, llevada por sus sueños románticos movió tristemente la cabeza dando a entender que con aquello no bastaba y volvió a decirle:

— Si fuera usted un hombre de verdad, un

francés de pura cepa, estaría usted en Francia emulando la gloria del gran Napoleón.

Fácilmente le hubiera sido a Laverne conseguir el amor de la bella. Con que solamente le hubiera dicho que él era el hermano de aquel hombre, cuyo resplandor de gloria la deslumbraba, hubiera sido bastante para que Betsy cayera en sus brazos, pero Laverne quería que lo amase por él mismo, sin que para nada interviniese en el sentimiento que debe unir dos corazones, la sombra de la ambición o de la popularidad y por lo mismo se abstuvo de confesarle la verdad y dejó que ella siguiera diciendo:

—¡Admiro su genio, su poder, su ambición... que de simple teniente le ha hecho escalar al puesto de Primer Consul!

Laverne cogió amorosamente una mano de la joven e intentando llegarla al corazón le dijo:

—La ambición, señorita Patterson, no es más que un tormento... ¡El amor es la única realidad grata!

Ella, ante tales palabras, calló medio convencida, y él continuó, cada vez más insistente:

—¿A qué me da usted la razón, gloriosa Betsy?

La vacilación de la joven fué sólo cuestión de un momento. De pronto, la voz del orgullo



Se dirigió hacia donde estaba la joven y...

habló en ella con más imperio que nunca y deshaciéndose de su adorador le dijo:

—Si no se ofende, preferiría que me llamasen señorita Patterson.

Quedó confuso Laverne, a pesar de su audacia, ante la contestación despectiva de Betsy, pero pronto se repuso y haciendo una leve inclinación de cabeza le respondió:

—Entendido. A las doce estaré a sus órdenes para darle la lección de francés, SE-ÑO-PI-TA PA-TTER-SON.

—Confirme, SE-ÑOR PRO-FE-SOR—respondió ella.

Pero aun así, al retirarse, Betsy comprendió que todos sus esfuerzos eran inútiles. Estaba convencida que amaba a aquel hombre como jamás hubiera podido sospechar y que tarde o temprano no podría resistir a aquella pasión, única de su vida, que él había sabido despertar.

Cuando ya estaba a alguna distancia de él volvió la cabeza para ver si aun estaba donde había quedado y su mirada se cruzó con la de Laverne que la saludó sonriendo con un leve movimiento de cabeza.

SEGUNDA PARTE

A las doce se presentó en el hotel Laverne, en el preciso momento que el criado llevaba un refresco para el comandante Patterson. El joven profesor, repitiendo la acción de la mañana, se lo quitó de la bandeja y cuando iba a llevarse el vaso a la boca para beber su contenido, apareció el comandante, que le dijo:

—¿De modo, que es usted quien se permite dar otro rumbo a mis refrescos?

—Perdón—respondió Laverne ofreciéndole

galantemente el vaso—; pero lo hacía para añadir por mi cuenta un motivo más a su fama de espléndido.

La acción y las finas palabras del profesor llamaron poderosamente la atención del comandante que volvió a decirle:

—Posee usted modales bien distinguidos, para ser simplemente un profesor.

Betsy, que había oído la voz de Laverne, salió inmediatamente a su encuentro y cortó la conversación de su padre diciéndole:

—Es la hora de mi lección de francés, cuando usted quiera podemos empezarla.

—Estoy a sus órdenes *señorita*—contestó Laverne, volviendo a recalcar la palabra "señorita" tal como lo había hecho dos horas antes.

Sin embargo, un vago presentimiento hizo que el comandante llamara al hermano de Napoleón y que le advirtiera:

—Le recuerdo a usted, joven, que su única misión, aquí, es la de enseñar idiomas.

—No la he olvidado, señor—respondió Laverne sonriendo burlescamente.

Apenas habían empezado la lección, cuando Laverne vió por la ventana que por el jardín del hotel llegaban dos jinetes, que al punto reconoció en ellos al coronel Du Frene y al capitán Lemare, emisarios de su hermano.

Entregó el libro que tenía en las manos a Betsy y salió precipitadamente diciéndola:

—Dispense un momento, señorita... Vuelvo enseguida.

La muchacha, al cabo de un rato, cansada ya de esperar, abandonó la estancia y marchó a donde estaban sus padres, acompañados de varios amigos entre los que se encontraba su antiguo prometido.

Mientras tanto, Laverne había salido corriendo al jardín y deteniendo a los recién llegados se los llevó a un sitio oculto y les dijo:

—Señores, les pido, por favor, que respeten mi incógnito...

—¡Gracias a Dios!—exclamaron a un mismo tiempo los dos oficiales franceses— ¡Por fin le hemos encontrado, capitán Bonaparte!

El joven Bonaparte sonrió satisfecho del cariño que sabía que le profesaban los dos hombres y continuó diciéndoles:

—De sobra sabía que mis buenos sabuesos, tarde o temprano, darían conmigo.

—Era obligación nuestra—respondió el coronel—. Y mucho me temo que su augusto hermano se enoje ante su conducta...

—No os inquietéis por ello—les dijo Laverne.

—Sin embargo—continuó diciéndole el coronel—, nos permitimos recordarle la misión diplomática que traemos a los Estados Unidos y la difícil situación en que nos hallamos. Su desaparición de Filadelfia, es todavía la comidilla de la ciudad... ¡Fue una soberana

"plancha"! Cuando llegamos a las puertas del palacio del Gobernador ya nos esperaban los principales personajes de la población y, ¡figuráos nuestra ridícula situación, cuando el capitán Lamare abrió la puerta de la carroza en que veníais y os anunció diciendo: "El Capitán Jerónimo Bonaparte, hermano del Primer Cónsul y enviado extraordinario de la República de Francia"! El momento fue menarrable, al ver que el interior del carruaje estaba vacío y ante el asombro de todos no tuve más remedio que buscar una disculpa diciendo: "Esto es inconcebible, señores. Sólo nos resta pedirles perdón en nombre de Francia".

Laverne, ante las palabras del coronel no podía contener la risa y abrazándolo cariñosamente le dijo:

—Os apuráis por bien poca cosa, coronel. Pero ahora hacedme el favor que os he pedido de conservar mi incógnito.

—Imposible, señor—repuso Du Frere—. La ciudad de Baltimore prepara una recepción en su honor... Debemos salir para allí inmediatamente.

—Por favor—insistió nuevamente Laverne—. ¿No se puede aplazar por un día?

El coronel movió la cabeza negativamente y el hermano de Napoleón continuó diciéndoles:

—Entonces, concédame un rato... Siquiera hasta el mediodía...

—Aceptado—respondió el coronel—. Pero le advertimos que al mediodía vendremos en su busca.

Laverne los vió alejarse y pensó que la situación se ponía más grave de lo que él hubiera deseado. Aquel viaje venía a echar por tierra sus proyectos amorosos y tal vez a destruir para siempre la felicidad que anhelaba alcanzar con el amor de la bella Betsy. Pero hombre decidido a arrostrar las más graves situaciones, entró nuevamente al salón donde estaba la joven y le dijo:

—Cuando usted guste, señorita, podemos continuar la lección.

Su rival, al verlo, se le quedó mirando, reflejando en su mirada todo el odio que encendaba su pecho, pero Laverne, sin darle la menor importancia, salió detrás de Betsy, haciéndole una burlona reverencia al pasar junto a él.

Nuevamente solos, el joven profesor entregó a la muchacha un libro, abierto al azar y comenzó diciéndole:

—¿Decía usted, hace un momento, que el idioma español es el verdadero lenguaje del amor?

—A mi parecer—respondió ella, olvidando su enojo de la mañana—no hay otro que pue-



—No permito decirle que el destino de Virginia Añón está en Francia

da expresar con palabras tan tiernas ese dulce sentimiento del corazón.

—Pues le prometo, que dentro de un par de días hablaré el español tan perfectamente con mi idioma, si es que con él puedo convencerla de lo que es un amor inmenso—exclamó Laverne tomándole cariñosamente una mano.

Betsy no se enojó aquella vez, sino que estaba cada vez más admirada de la audacia del profesor y para ponerlo a prueba acercó su rostro al de él, para desafiarlo en su atrevimiento. A sí lo comprendió Laverne y para demostrarle que en todos momentos era due-

ño de la situación le indicó el libro diciéndole:

—Señorita, el tiempo pasa y todavía no hemos empezado nuestra lección.

—¡Ni hace falta!—contestó violentamente Betsy, al ver que su insinuación no había hecho mella en él—. Por hoy dejémosla.

Al poco rato se hallaban todos reunidos en el gran salón del hotel, cuando llegó el comandante Patterson exclamando:

—¡La gran noticia! ¡Nos vamos a Baltimore en seguida!

—¿Pero a qué es debido esta precipitada marcha?—inquirió su esposa.

—¡Los salones de nuestra casa van a abrirse para una recepción, en honor de Jerónimo Bonaparte!—explicó su esposo.

Laverne oía la conversación, sonriendo interiormente del efecto que produciría su presencia y Betsy, para molestarlo, exclamó, mientras lo miraba de reojo:

—¡Qué alegría! ¡Vamos a tener de huésped al hermano de Bonaparte!... ¡Seré la mujer más envidiada de Baltimore!

Laverne, ante aquellas intencionadas palabras, apenas podía contener la risa y cuando creyó que iba a soltar la carcajada, fué cuando la oyó decir:

—Dicen que el capitán Bonaparte es en extremo galante con las damas y mucho más guapo que su hermano.

—Señores—exclamó el comandante Patterson, cortando las expansiones de su hija—, quedan ustedes invitados... Con que, tengar la bondad de prepararse para partir al mediodía.

A pesar de las palabras que acababa de pronunciar para suscitar los celos de Laverne, Betsy comprendió que aquel viaje la alejaría de su profesor y para evitarlo buscó la ocasión de quedarse a solas con él y decirle:

—Ya ha oído usted la orden de mi padre. Prepárese, que usted vendrá con nosotros, pues quiero continuar las lecciones de francés.

Laverne adoptó un fingido aspecto de timidez y respondió, excusándose:

—Señorita... yo... acaso... quizá...

—¡No admito disculpas!—exclamó Betsy—. Usted viene conmigo... Lo quiero completamente listo antes del mediodía.

Y sin esperar su respuesta lo dejó para ir a ocuparse de su equipaje.

TERCERA PARTE

A la hora señalada, la diligencia que había de conducirlos a Baltimore se hallaba detenida a la puerta del hotel y desde un lugar apartado, Laverne con los oficiales de su escolta, observaba la inquietud con que lo buscaba Betsy. Por fin creyó oportuno presentarse y la muchacha al ver que estaba en igual forma que lo había dejado momentos antes le dijo indignada:

—¿No le dije a usted que estuviese dispuesto?

—Y estoy dispuesto—respondió el profesor—, dispuesto a... no partir.

—Pues buscaré a otro profesor—exclamó nuevamente la joven, cada vez más indignada—. Indudablemente que el que busque será más galante que usted.

Y subiendo en la diligencia se volvió hacia su padre y le dijo en voz alta para que pudiera oírlo Laverne:

—El profesor de francés debería dedicarse a enseñar lenguas muertas... Le acabo de despedir...

Las palabras despectivas de Betsy no hicieron desaparecer la simpática sonrisa de los labios de Laverne que los vio partir hacia Baltimore. Y volviéndose hacia sus oficiales, les dijo:

—Cuando gustéis, señores, podemos partir.

Por la noche, toda la aristocracia de Baltimore se había reunido en la mansión de Patterson, para rendir homenaje al hermano de Napoleón. Como es natural tampoco faltaba el despedido prometido de Betsy, que estaba decidido a que aquella noche Betsy le perdonara todas sus anteriores faltas, para comenzar de nuevo sus interrumpidas relaciones. Mientras en el suntuoso salón de la planta baja se hallaban los invitados esperando la llegada del capitán Bonaparte, en el piso superior, Betsy se hacía vestir por su negra doncella, después de haber elegido en su guardarropa todas aquellas prendas que podían hacer resaltar aún más su incomparable belleza. Cuando terminó el arreglo de su amita, la negra, que la había visto nacer, quedó admirada de su belleza y exclamó:

—Si el caballero Bonaparte es un buen francés, en seguida quedará prendado de ti.

Betsy, de cuya imaginación no podía apartarse la simpática figura del profesor, suspiró tristemente y respondió:

—¿Un buen francés parecía el insignificante maestrillo que me ha despreciado!...

Momentos después, su entrada en el salón fué objeto de un solemne murmullo de admiración y cuantos jóvenes se hallaban invitados a la recepción, corrieron presurosos a ofrecerle el brazo para tener la honra de conducirla hasta el centro de la estancia. Entre todos había uno a quien nadie conocía y que se acercó a la joven y le entregó misteriosamente un billete que decía:

"La espero en el jardín ahora mismo, para darle la última lección".

No importaba que la esquila no tuviera firma. De sobra el corazón de la joven le decía quién era el autor de ella y para poderse ausentar se disculpó de sus admiradores diciendo:

—Me siento mareada... quizá me sentará bien un vaso de ponche.

Todos corrieron a satisfacer su deseo y ella, aprovechó el momento para dirigirse al jardín en busca del profesor.

Cubierto con una amplia capa que ocultaba completamente todo su cuerpo, Jerónimo Laverne esperaba la llegada de Betsy, seguro de que no faltaría a la cita. Conocía sobradamente el corazón de las mujeres y estaba convencido de que para ser feliz sólo le faltaba hacer desaparecer de su amada aquellos sueños de gloria y de ambición y por lo mismo esperó confiado a que llegara.



Betsy comprendió que algo grave ocultaba en el pliego.

—Esta, al verle, quiso adoptar un aire de ofendida y le dijo:

—Caballero, olvida usted su propia estimación, después de haberlo despedido.

—En cambio—contestó él—, veo que usted no olvida tan fácilmente...

Y con palabras en las que quería expresar toda la inmensa pasión que por ella sentía, fué diciéndole el gran amor que había despertado en su corazón. En aquel romántico paisaje, lleno de la luz de la luna, Betsy se sentía más embriagada que nunca por el perfume de aquel amor y oía arrobada las palabras de Laverne, sin hallar frases con que resistir

al fuego con que se expresaba el joven. Por fin, vió a su madre que cruzaba el jardín buscándola y le dijo:

—Tengo que irme... El capitán Bonaparte puede llegar de un momento a otro...

—No la dejaré ir—le dijo Laverne, reteniéndola entre sus brazos—sin que me diga antes que me ama... Sin que me prometa usted ser mi esposa...

Betsy, ya no pudo resistir por más tiempo la pasión que había querido ocultar y en un grito en el que puso todo su corazón de enamorada exclamó rodeando el cuello del amado con sus brazos:

—Le... amo... sí, te amo con toda mi alma. ¿Pero usted cree que mi padre consentirá en que me case con un simple profesor de francés?

—¡Betsy! suplicó él mirándola intensamente en los ojos.

La joven no pudo resistir el fuego de aquella mirada y enloquecida por su amor respondió:

—¡Sí, quien quiera que seas me casaré contigo!... ¡Te querré siempre... siempre, aunque me cueste el cariño de mis padres!

Y un beso lleno de infinita pasión, un beso puro como las almas de los dos enamorados perfumó aquella noche estival, que parecía creada para el amor.

Mientras tenía lugar la escena que acababa

de desarrollarse en el jardín, un sirviente del comandante Patterson entró precipitadamente en el salón de fiestas y le dijo a su dueño:

—¡Señor, se acerca un carruaje con varios jinetes de escolta.

—¡Es el capitán Bonaparte!—exclamó Patterson—. ¡Salgamos, señores, a recibirlo!

Algunos minutos más y en la puerta del suntuoso edificio se detenía una soberbia carroza escoltada por el coronel Du Frenc y el capitán Lemare, quien anunció en voz alta la llegada de su señor, diciendo:

—¡El capitán Bonaparte, hermano del Primer Cónsul y enviado especial de la República de Francia!

Abrió la portezuela y su asombro no tuvo límites cuando nuevamente vió el interior del carruaje vacío.

—“¡Mon Dieu!”—exclamó—. ¡Otra “plancha”!

Y dirigiéndose a los que habían salido a recibirlos se excusó diciendo:

—Es inexplicable. Sólo nos resta pedirle perdón en nombre de Francia.

CUARTA PARTE

Aquello no fué obstáculo para que continuase la fiesta en honor de los oficiales, si bien que no con el gran atractivo que tenía en principio, por saltar el principal huésped. Pero cuando más animada estaba se presentó de pronto Laverne quien, quitándose la capa con que había ocultado su uniforme durante su entrevista con Betsy, se la entregó a un criado y avanzó hacia el salón.

El coronel fué el primero en distinguirlo y se precipitó hacia la puerta anunciando su presencia:

—¡Señores, el capitán Jerónimo Bonaparte, hermano del Primer Cónsul y enviado extraordinario de la República de Francia!

Betsy apenas si pudo contener un grito de asombro, lo mismo que su padre, al reconocer en él al profesor, pero éste, para que la joven tuviese mayor confianza en su amor, gritó de forma que todos oyeran sus palabras:

—¡Señores, esta es la hora más feliz de mi vida, puesto que puedo anunciarles que la señorita Betsy Patterson, ha prometido ser mi esposa!

Después de esta original presentación se di-

rigió hacia donde estaba la joven y le ofreció su brazo, al que ella se cogió diciéndole:

—¿Por qué no me habías dicho quién eras?

Porque quería que me amases por mi mismo. Quería estar convencido de tu amor, como ahora lo estoy.

El dulce coloquio de los jóvenes fué interrumpido con la llegada de un oficial que, acercándose a Bonaparte, le dijo:

—Señor, traigo noticias de Francia. Vuestro augusto hermano ha sido proclamado Emperador.

El coronel, a quien no le había agradado el anuncio de aquella boda, aprovechó la ocasión para decirle:

—Con tan fausto motivo, me permito decirle que el destino de Vuestra Alteza está ahora en Francia...

Pero la voz del comandante Patterson le hizo callar. Aquél, levantando en alto una copa de champagne, gritó:

—¡Brindo por Francia y por su invencible emperador Napoleón Bonaparte!

Todos repitieron el brindis y Jerónimo Bonaparte ascendido de pronto a la jerarquía de príncipe, respondió al brindis con otro diciendo:

—¡Brindo por la bella de Baltimore, por la gloriosa Betsy!

El coronel, mientras todos respondían al brindis, se acercó al capitán Lemare y le dijo:

Hay que informar de todo esto al emperador.

Desde entonces siguió para los dos enamorados una vida llena de infinita dicha. Entregados cada uno a su amor, las horas transcurrían con esa deliciosa rapidez que hace insensible el tiempo, para los enamorados y de esta forma llegó el día tan ansiado para ambos en que habían de unirse sus vidas para siempre. Y una boda fastuosa fué el epílogo de aquellos venturosos amores. Nada parecía que podía oponerse a la inmensa felicidad de que gozaban y en medio de aquella ventura, de aquella dicha, que parecía eterna, la llegada de un oficial de marina vino a ensombrecer el resplandor de aquel cielo luminoso.

El oficial entregó al capitán Bonaparte un pliego que traía del Emperador y le dijo:

—Desde este momento, pongo el buque al mando de Vuestra Alteza.

Bonaparte leyó la carta de su hermano y un profundo dolor embargó su corazón; un extraño presentimiento le dijo que su ventura había terminado y esta duda pronto se convirtió en realidad cuando leyó el contenido de la orden, que decía:

“Querido hermano: Te exijo el inmediato regreso a Francia, pues tengo concertado tu matrimonio con la princesa Federica Catalina de Westfalia.

Napoleón”

Betsy comprendió que algo grave ocurría: aquel pliego y tomándolo de manos de su esposo leyó lo que decía. Durante un rato permaneció en silencio, sin atreverse a turbar el dolor que adivinaba en su marido, hasta que finalmente le preguntó:

—¿Y quién es esa Princesa?... ¿La has tratado mucho?

—Ni siquiera la conozco —respondió Bonaparte—. ¿Será uno de tantos muñecos que maneja mi hermano, sobre el tablero político de Europa!

—¡Pero tú ya estás casado conmigo! —exclamó ingenuamente Betsy—. ¿Cómo pueden pretender que te cases con otra?

El no sabía qué contestar. Estuvo a punto de decirle todo lo que pensaba, de hacerle comprender que su hermano, valido de su influencia, podría muy fácil anular aquel casamiento, para realizar el que había concertado; pero comprendió que con aquello destrozaría el corazón de la pobre y una infinita compasión le detuvo.

Sin embargo, Betsy infundiéndole valor y creyendo de buena fe lo que le decía exclamó:

No te preocupes, Jerónimo... Yo haré que Napoleón reconozca a tu Betsy. ¡Ya verás qué alegría tendrá cuando me vea!

Y con el corazón destrozado por el triste presentimiento que no le abandonaba un instante, Jerónimo Bonaparte marchó hacia la

patria tan querida y tan temida en aquella ocasión, mientras que su esposa, llena el alma de esperanza, le acompañaba segura también de que al otro lado del Océano le aguardaba una dicha igual que la que hasta entonces había disfrutado al lado de su esposo.

QUINTA PARTE

Largos, interminables fueron los días que duró la travesía, hasta que al fin una noche el vigía de la nave anunció el arribo a las costas de Francia. Aquella voz anunciando la cercanía de la patria hizo estremecer a Bonaparte hasta el punto de que Betsy le dijo:

—Veo que la vista de Francia, mejor dicho, de nuestra Francia, te causa una emoción que nunca puede imaginar.

El capitán del buque bajó en aquel momento del puente de mando y acercándose a Bonaparte le dijo:

—Llegan emisarios del Emperador, Alteza, y nos hacen señas para que anclamos y esperemos órdenes.

Jerónimo Bonaparte notó que su corazón



—Yo haré que Napoleón se encuentre a la Italia

latía con más violencia que nunca. Conocía de sobras a su hermano y en vano trataba de adivinar qué habría ideado para impedir que Betsy llegara a ser reconocida oficialmente como su esposa. Pero sus temores, su continuo sobresalto, quiso hacerlo desaparecer diciéndose:

—¡Será inútil todo lo que intente. Si es preciso emigraré de Francia, no volveré jamás a ella, todo antes que abandonar al amor de toda mi vida!

Era tal su agitación que su esposa lo advirtió y le preguntó:

—¿Tiemblas?

—No, querida—respondió él, para tranquilizarla—. Tengo frío únicamente.

—La vista de tu patria debería caldear tu corazón—volvió a decirle ella, sin poder adivinar el verdadero motivo.

La llegada de una falúa impidió que pudiera contestarla y se acercó a la borda del barco, para esperar que subieran los enviados de su hermano a quienes les preguntó:

—¿Trae usted buenas noticias de mi hermano?

El Emperador aguarda varos para imponer a Vuestra Alteza los máximos honores—respondió el jefe de los soldados que habían desembarcado.

Jerónimo respiró ya más tranquilo. En aquellas palabras su amor había creído adi-

vinar que el Emperador había olvidado su proyecto de matrimonio y que en adelante podría seguir siendo feliz con su esposa, pero esta halagüeña esperanza duró poco, puesto que nuevamente el jefe le dijo:

—He de añadir que el Emperador no reconoce vuestro casamiento, y que la señorita Patterson tiene prohibida la entrada en Francia.

Jerónimo no pudo contener su indignación y exclamó:

—Diga entonces al Emperador, que si mi esposa no puede desembarcar, yo tampoco pondré el pie en mi patria.

—He de advertiros, señor, que es orden del Emperador.

—Ni aun así—volvió a decir Jerónimo—. ¡Me rebelo contra el Emperador!

Pero una voz autoritaria, una voz demasiado conocida y familiar le hizo retroceder. Conoció la voz de su propio hermano, que adelantándose hacia donde él estaba le dijo:

—¡Ni aun mi hermano, puede desacatar a su emperador!

Jerónimo Bonaparte no halló palabras para contradecir el mandato de su hermano y éste, fijándose en que se hallaba presente Betsy continuó diciendo:

—Quiero hablar a solas con la señorita. Haced el favor de conducirnos a vuestro camarote, capitán.

Betsy, anonadada por el tremendo golpe que acababa de recibir su corazón, le siguió hasta el camarote del capitán del buque y esperó a que hablara el Emperador, que empezó diciéndole:

—Señorita, cuando se quiere que un hombre haga cualquier cosa, hay que buscar primero el consentimiento de la mujer a quien ama. Francia necesita a Jerónimo y yo vengo a pedirlo.

Betsy interpretó en otro sentido aquellas palabras y exclamó:

—Señor, si Francia necesita de mi esposo yo seré la primera en cederle la espada, para que luche por ella.

—Esa misión no es vuestra—respondió secamente Bonaparte—. Mi hermano debe sacrificar su amor a un matrimonio, por razones de Estado.

La pobre joven comprendió entonces toda la intensidad de su gran desdicha y exclamó:

—Jerónimo no puede casarse... ¡Yo soy su esposa ante Dios y ante los hombres.

—Anular ese matrimonio será cosa fácil... muy fácil—respondió Napoleón, sin tener en cuenta el inmenso dolor que causaba en el corazón de aquella pobre mujer, que luchaba para no perder a su esposo—. Bajo la historia de cada gran hombre, yace aplastado el corazón de una mujer.

—Pero lo que me pedis es un imposible.

¿Acaso no comprendéis que su amor es mi vida entera—exclamó Betsy deshecha en lágrimas—. Os lo pido, por Dios, señor, tened compasión de mi amor.

Pero Bonaparte, con esa frialdad tan característica en él, siguió diciéndole:

—Amor que no puede aceptar un sacrificio, no es amor...

—¿Sois cruel, señor—respondió Betsy cayendo sobre un sillón, sin poder contener los sollozos que desgarraban su alma—. No puedo dejarlo... No puedo.

—Hija mía—continuó diciéndole el Emperador—, es más heroico perder ciertas batallas que ganarlas.

Pero Betsy no se avenía a perder a su esposo y recurrió al último extremo diciendo:

—Es que además él no querrá separarse de mí.

Napoleón también halló la solución para ello y le contestó:

—Podemos hacer creer a Jerónimo que la separación no es más que temporal...

Betsy se consideró vencida por la tenacidad de aquel hombre y sin fuerzas ya para seguir luchando por más tiempo exclamó:

—¿De modo que no me queda ninguna esperanza?

—No—respondió categóricamente Napoleón—. ¿Para qué hacerla concebir ilusiones?

Jerónimo será coronado rey de Westralia, después de su casamiento.

Así y todo, Betsy se resistía aun debilmente. Era demasiado grande el sacrificio que se le exigía para aceptarlo tan fácilmente. Pensaba en aquellos momentos en sus días de felicidad, en su dicha que estaba a punto de perder para siempre y sobre todo este un pensamiento mucho más amargo le atormentaba. Sentía en su ser la vida de otro nuevo, de otro inocente a quien el Destino fatal le negaba la alegría de conocer a su padre y murmuró con las débiles fuerzas que le quedaban.

—¿Es muy duro, dejárselo a otra!

—Pero, esa otra es... Francia — exclamó Bonaparte.

Completamente vencida Betsy, no pudo negar por más tiempo y solamente preguntó:

—¿Puedo verlo a solas?... ¿Puedo despedirme de él?

Napoleón no contestó. Comprendió que había vencido la tenacidad de la joven y antes que pudiera arrepentirse llamó a su hermano y le dijo:

—La señorita Patterson desca verte.

Indudablemente Betsy conocía el gran amor que sentía su esposo por ella. De sobra sabía que él jamás la hubiera dejado y para evitar el rompimiento entre los dos hermanos y con ello la ruina del hombre adorado, le

dijo, cuando lo vió entrar, abrazándolo fuertemente:

—¡Jerónimo, me siento orgullosa de poder hacer un servicio a tu patria. Tendremos que separarnos... Es nuestro Destino y debemos afrontarlo valerosamente!

—¿Eso quiere decir que tenemos que separarnos?

Ella bajó la cabeza para que su esposo no advirtiese las lágrimas que se deslizaban de sus ojos y Jerónimo volvió a decirle:

—¡Nunca, Betsy!... ¡Tú eres para mí antes que nada!

—No entiendes — murmuró ella, haciendo un gran esfuerzo para sonreír—. Nuestra separación es solamente por unos días... Quizá hasta mañana...

Te ha engañado, Betsy. Cuando me vea en tierra todas sus promesas se las llevará el viento y nos separará para siempre. Conozco de sobra el carácter de mi hermano.

—No temas—repuso la joven—. El emperador me ha empeñado su palabra y estoy segura de que la cumplirá.

Aquella convicción que demostraba su esposa terminó por convencer a Jerónimo, que salió del camarote y le dijo a su hermano:

—Aquí me tenéis a vuestras órdenes.

Mientras Jerónimo Bonaparte había estado hablando con su esposa el Emperador llamó al comandante del buque y le ordenó:

—Regresará usted inmediatamente a los Estados Unidos con la señorita Patterson.

La despedida entre los dos esposos hubiera sido capaz de enternecer cualquier corazón, por muy duro que fuese, pero el de Napoleón parecía de hielo y vió sin inmularse el inmenso amor que se tenían los dos jóvenes, sin que por un momento tan siquiera pasase por su imaginación la idea de que destruía la mayor felicidad que existe en la Tierra. Su idolatría por la Patria, exagerada con su desmedida ambición no reconocía más ley ni más sentimientos que el de su propia voluntad y acercándose a Betsy le dijo:

Habéis demostrado el valor de un soldado. Napoleón os está agradecido.

Pero al ver a su esposo embarcar con dirección a la costa Betsy olvidó por un instante la promesa hecha y corrió hacia la borda del barco gritando:

¡Jerónimo... Jerónimo!

Con aquel grito quería expresar la desdichada mujer todo el dolor de su alma y Jerónimo, completamente convencido de que aquella separación era solamente cuestión de algunas horas, respondió:

—¡Hasta pronto, mi gloriosa Betsy!

—¡Hasta mañana!—respondió ella.

—¡Hasta mañana!—repitió él.

Cuando la falúa se hubo alejado algunos metros, Betsy, sin fuerzas ya para sostenerse



—La caída de la patria dentro de algunos meses.

cayó sobre la borda del barco y exclamó dando suelta al dolor contenido por tanto tiempo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Para mí no puede llegar nunca ese mañana!... ¡Ya no le volveré a ver más...

Y con los primeros resplandores de la mañana el buque donde se hallaba Betsy emprendió su marcha donde había gozado tanta felicidad y que sería desde entonces testigo también del gran dolor que atormentaría su vida.

SEXTA PARTE

La inesperada vuelta de Betsy a Baltimore fué fuente inagotable de chismorreo. Todas aquellas amigas que la habían envidiado por su casamiento, al verla volver el preguntaron:

—¿Quién podía pensar en tan rápido regreso!... ¿Es que no te ha gustado Francia?

No quiso Betsy dar a conocer a la maledicencia el gran dolor que atribulaba su alma y haciendo un esfuerzo para impedir que conocieran su desdicha, respondía:

—¡Oh, Francia es una maravilla! ¡Yo haría cualquier sacrificio por Francia!

—¿Has hablado con el Emperador?—preguntáronle otras intencionadamente.

—En seguida de llegar—repuso la joven.—Todavía no habíamos anclado, cuando el propio Emperador subió a bordo para saludarme. Me besó la mano y me dijo que estaba orgulloso de mí.

Pero así y todo, aun cuando ella quiso disimular, su dolor era tan profundo que todas advirtieron en sus palabras un dejo de melancolía impropio de una persona que se considera feliz.

A solas con sus padres, Betsy cayó en los brazos de ellos y les dio cuenta de todo lo que le había sucedido a su llegada a Francia, diciéndoles, cuando hubo terminado su narración:

—¡No volveré a verlo más!... ¡El tampoco conoce todavía este inmenso dolor!

Pasaron los días y Jerónimo Bonaparte, casi prisionero en el castillo de Versalles, veía transcurrir el tiempo, sin que nunca llegase el ansiado momento de volver a ver a su esposa. Para el joven enamorado, aquel tormento era inaguantable. Cuantas veces intentó ver a su hermano para solicitar noticias de Betsy, otras tantas le fué negada la autorización debida y en aquel fuego infernalmente, hasta que un día, decidido a to-

do, entró en el despacho de Napoleón Bonaparte y le dijo:

—Esto se alarga demasiado, hermano... ¿Puedo saber cuándo va a terminar mi cautiverio?

Napoleón, indiferente al dolor que sentía su hermano Jerónimo, sonrió burlonamente y le contestó:

—Todo tiene en el mundo su fin y tu cautiverio, o como quieras llamarle, ha terminado ya. Tu casamiento con la señorita Patterson ha sido anulado.

Jerónimo no podía dar crédito a las palabras de su hermano. En su imaginación no podía tener cabida la idea de que un matrimonio santificado por Dios y legalizado por los hombres pudiese nadie destruirlo, e indignado, exclamó:

—Nadie tiene derecho a romper los sagrados lazos del matrimonio! ¿Quién podrá hacerlo?

Nuevamente la burlona sonrisa del Emperador se dibujó en sus labios y sacando del interior de su mesa de escritorio un pliego de papel en el que constaba la anulación del matrimonio de su hermano, se lo entregó, diciéndole:

—¡El que tiene poder... tiene derecho! Aquí tienes la anulación de tu boda con la señorita Patterson y, además, he de advertir-

te que para el 15 de octubre he fijado tu boda con la princesa Federica.

Jerónimo, comprendiendo que era inútil cuanto intentase para persuadir a su hermano de lo imposible de aquella boda concertada por él, pensó que nada mejor que valerse de la astucia para salir vencedor en aquella muda batalla entablada por ambos. Hizo una inclinación de cabeza, como dando a entender de que estaba conforme con el mandato, y salió de la estancia.

Apenas había salido, cuando uno de sus más fieles servidores le entregó una carta que misteriosamente había podido llegar a sus manos.

El corazón de Jerónimo Bonaparte latió con violencia al reconocer en la letra del sobre la de su muy amada esposa, y ocultándose de las miradas indiscretas de cuantos allí había, leyó el contenido de la misiva, que decía:

"Mi querido Jerónimo: Ya sabrás que ese mañana no llegará nunca... Yo me resigno y me dedico a amarte en nuestro hijo... Te desea muchas felicidades tu

Betsy."

Si alguna duda tenía todavía que le impidiese llegar a cabo el plan por él ideado, aquella carta acabó por decidirlo, y desde entonces dedicó todos sus esfuerzos a bus-

car el medio para poder huir del dominio de su hermano antes de que llegara la fecha señalada para su casamiento con la princesa.

Así las cosas, llegó el 15 de octubre. En el Palacio Real de Westfalia toda la Corte se hallaba reunida para dar la bienvenida al hermano del Emperador Napoleón, que aquel día debía celebrar sus esponsales con la princesa Federica.

Los cornetas anunciaron la llegada de la carroza imperial, a cuyas puertas iban como palafreneros el coronel Du Frene y el capitán Lemare.

Algunos minutos después paró a la puerta del Palacio la lujosa carroza y el coronel Du Frene anunció al regio ocupante, diciendo:

—¡Su Alteza Imperial, el Príncipe Jerónimo Bonaparte!

Mas, nuevamente habían sido burlados los palafreneros; el carruaje se hallaba vacío y el coronel, atónito ante aquella nueva hazaña del Príncipe, exclamó, dirigiéndose al capitán:

—¡Ay, Santa Juana!... ¿Pero, otra vez?

Y para excusar ante la Corte allí reunida, la acción del Príncipe, dijo:

—¡Espantoso, señores!... Sólo nos resta pedir perdón en nombre del Emperador.

El torbellino de la política europea no había alterado la tranquilidad del hogar de los Patterson; pero, sin embargo, Betsy no era



—¡Quiero bailar a solas con la señorita.

el alegre pajarilla de otros tiempos que revoloteaba alrededor de sus padres, inundando toda la casa con su angelical alegría.

El recuerdo del esposo no se apartaba un instante de su mente, y ni aun el cariño de su hijo era bastante para amitorar aquel dolor que agobiaba a su corazón enamorado.

Eran inútiles también todos los consuelos paternos. Ni consuelos, ni fiestas organizadas para divertirla, podían hacer desaparecer la sombra del único amor de su vida.

La mayor parte del día lo pasaba sentada en el jardín y en el mismo banco donde por primera vez sus labios supieron de la dul-

zura que encerraba la caricia del hombre amado.

¡Cuántas veces con la mirada iba en el estanque que a sus pies se hallaba, su imaginación le hacía ver en el límpido cristal de las aguas la imagen querida! Pero, aquella alucinación desaparecía instantáneamente, y la realidad, la triste y desesperada realidad de las cosas, venía a sumirla de nuevo en su intensa melancolía.

Un día, sentada como siempre al lado del estanque, vió reflejarse en sus aguas la figura de Jerónimo Bonaparte. Como siempre, creyó que se trataba de una nueva alucinación; pero al levantar sus ojos, vió que esta vez era real su visión. Al encontrarse al lado de su esposo, corrió hacia él, sin dar aún crédito a sus ojos, y Jerónimo, estrechándola amorosamente contra su pecho, le dijo:

—¡El anhelado mañana ha llegado por fin!

—¡Jerónimo! exclamó Betsy, trémula por la emoción.

—Sí, amor mío, respondió él—. Tu Jerónimo que vuelve otra vez a tí... ¿Creías acaso posible que no llegase nunca ese mañana?

Lo temía, sí—le dijo su esposa—. Están grande mi amor que mi desdicha nublaba mi pensamiento.

Los dos esposos, unidos en aquel tierno abrazo, se quitaban las palabras de la boca,



Napoleón es está agredido.

para decirse sus más íntimos pensamientos durante el tiempo que habían estado separados.

De pronto, un triste presentimiento nubló la alegría de aquel instante y preguntó sobresaltada.

—Pero... ¿Tendrías que irte nuevamente?

—No, bien mío, la tranquilizó él—. He venido para estar siempre a tu lado.

—¿Y tu casamiento con la princesa?—preguntó Betsy nuevamente.

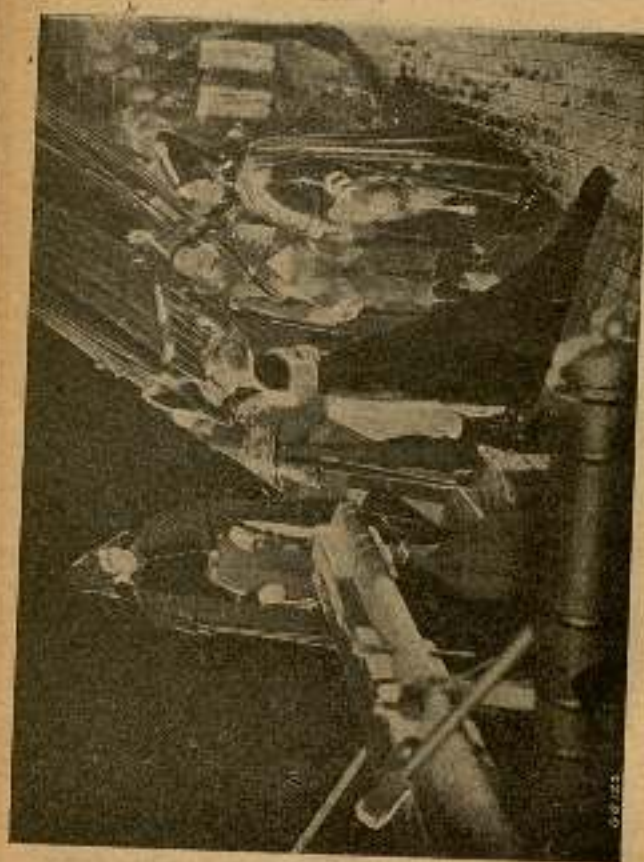
—Afortunadamente, no llegó a realizarse.

Me sobra agilidad para evadirme fácilmente—. Y, sin omitir detalle fué narrándole, su desaparición. Como fingió estar conforme con el mandato de su hermano y finalmente su huida hacia Baltimore en unión de unos pescadores.

—¿Qué hará tu hermano, cuando sepa que has vuelto a mi lado?—preguntó la joven esposa, temiendo la represalia del emperador—. ¡Te perseguirá!...

—Tranquilízate, América es un país libre, donde la política de mi hermano no ha llegado todavía a alterar sus leyes. Aquí soy un ciudadano libre y nadie podrá obligarme, contra mi voluntad.

Aquellas palabras hacían por completo feliz a Betsy y su imaginación reconstruyó mentalmente los días en que despreciaba a Jerónimo, creyéndolo un simple profesor de idiomas, a pesar de amarlo con todo su corazón. Pero aquellos días de lucha íntima habían desaparecido, lo mismo que los negros subterráneos que venían torturando su alma y desde aquel momento el cielo de su dicha se le aparecía en toda su azulada claridad. Ahora era completamente feliz y en los brazos de sus esposos, las lágrimas se escapaban de sus ojos, pero esta vez era de alegría, de dicha infinita. Era el renacer a una vida nueva, volver a la realidad después de



—¡Esta pronto, mi gloriosa Betsy!

haber sufrido el tormento de una angustiosa pesadilla, porque para la feliz esposa todas las penas pasadas les parecía en aquel instante un sueño horroroso, algo cierto, pero irreal.

Así fueron sorprendidos por el comandante Patterson, a quien la negra sirvienta había avisado de la llegada de su señor.

Fué tan intensa su emoción que apenas si supo expresarla. Abrazó a Jerónimo y sus labios, trémulos por la alegría, exclamaron: —¡Hijo mío!

En aquellas dos palabras el anciano quería expresar toda su gratitud, toda su felicidad, por poder contemplar nuevamente feliz a su Betsy. Desde entonces el sol de la alegría volvería a brillar en u hogar. La risa de la hija amada volvería a sonar en sus oídos con tintino de plata, en una palabra, era inmensamente feliz.

Jerónimo comprendió la emoción que embargaba al pobre viejo y sintió su garganta oprimida por un sollozo. ¡Cuántas emociones en una hora, en un momento, en un solo instante!... ¿Qué valía un trono comparado con aquella dicha? Y su corazón se ensancho satisfecho...

Allí le esperaba el momento más emocionante de su vida, el que todo hombre desea al mirse con la mujer adorada y sus ojos



— El ambiente doméstico ha llegado al fin

buscaban con avidez al dulce retoño que había de prolongar su existencia.

Paterson se dió cuenta de ello y procurando que ninguno de los dos esposos se dieran cuenta de su acción, desapareció del jardín, para proporcionar a Jerónimo la dicha de ver a su hijo.

El pequeño sonreía ingenuamente a las caricias de la negra sirvienta y Patterson lo tomó para enseñárselo a sus hijos, pero de pronto, como si temiera que sus brazos, en aquel instante, no tuvieran fuerzas suficientes, para sostener la leve carga, le dijo a la criada, entregándole la criatura.

—Toma, enséñaselo tú.

La sirvienta, desde lo alto de la ventana que daba al jardín, llamó la atención de los dos esposos y levantó en alto al pequeñuelo, que agitaba sus bracitos, como si, en su corto entendimiento, quisiera dar la bienvenida al padre.

Este, seguido de su esposa, corrió hacia donde estaba la criatura, la cogió en sus brazos, la besó con infinita ternura y exclamó:

—Me cuestas un trono... ¡Pero bien merece la pena!... ¿No es verdad, mi Betsy?

Ella se arrebujó mimosa en sus brazos, y el chiquillo, en uno de sus movimientos, entrelazó con sus bracitos de rosa la cabeza

de sus padres, como queriendo indicar que aquel broche tan pequeño tenía mucha más fuerza que la voluntad del hombre que mandaba en el Imperio más grande del mundo.

EPILOGO

Noche de poesía, la luna desde la altura de su trono celestial inundaba todo el jardín dándole la apariencia de un inmenso lago de plata. En la mansión de los Patterson las luces encendidas reflejaban que sus propietarios velaban aquella noche. Noche inolvidable para Betsy, pues que la había devuelto a su amado, y para el comandante, ya que el retorno de su hijo político venía a traer nuevamente la alegría que faltaba en su casa.

Una a una fueron extinguiéndose todas las

luces y algunos momentos después, sobre la escalinata del pardin aparecieron Jerónimo y Betsy tiernamente enlazados. Por fin se hallaban solos y querían, con un ansia infinita de dicha, gozar de todas las bellezas de la Naturaleza. Durante largo rato estuvieron callados, mirando a todas las cosas que les rodeaban. Cada objeto, cada planta, tenía para los amantes esposos un recuerdo feliz, una esperanza realizada, y el perfume que se desprendía de las flores al recibir sobre sus pétalos la fresca caricia del rocío, embriagaba el alma de los dos enamorados.

—¿Te acuerdas?—preguntó mimosamente Betsy.

—Nunca lo olvidaré — respondió Jerónimo. En este jardín y en este mismo lugar. Perfumadas tus palabras por este mismo embriagador aroma, oí por primera vez en mi vida aquellas felices palabras de amor que me hicieron el hombre más dichoso de la tierra.

—Y aquí—continuó diciendo Betsy—lloré por tu ausencia. Aquí creí en ti y aquí te recobré nuevamente. Estoy a tu lado y me parece todavía un sueño. Es tanta mi felicidad, tanta mi dicha que temo despertar y encon-

trarme con la triste realidad que durante tanto tiempo ha amargado mi vida.

—Nada temas. Ten fe en mi amor. Yo también creí haberte perdido, pero nuestro cariño más grande que las glorias de un trono ha sabido salir triunfante—respondió Jerónimo.

Y los dos esposos poseídos de una infinita pasión, de una sed inextinguible de amar, se enlazaron en un abrazo, mientras que sus labios se buscaban deseosos de mirarse en un beso lleno de pasión.

En una de las ventanas del piso superior, otros dos seres, tan dichosos como los del jardín, contemplaban a los esposos y de sus ojos se desprendían lágrimas de alegría. Era el comandante Peterson y su esposa que contemplaba la dulce escena de sus hijos y la madre, exclamó al fin:

—¡Qué dichosos son!

—Muy dichosos—repuso el padre—. Siempre tuve la certeza de que la pena de Betsy sería pasajera, sería, tal vez, un presentimiento de padre engendrado por mi amor paternal, pero creía firmemente que Jerónimo volvería a buscar a nuestra pequeña.

—Bien se lo merece—continuó diciendo la anciana—. Temía el morir y dejar a mi Betsy sin el consuelo y sin el cariño de un esposo amante como ella se merecía.

Sonó un beso en el espacio y los dos viejos se miraron sonriendo. Sabían lo que aquello significaba, tal vez por sus mentes pasara en aquel momento otros recuerdos de tiempos lejanos y felices, en los que en aquel mismo jardín ellos se dijeran las mismas palabras que Betsy y Jerónimo. Los dos tenían deseos de abandonar su observatorio, pero ninguno se atrevía a romper el dulce encanto de aquella noche que parecía creada para las almas enamoradas, hasta que el comandante dijo:

—Hace frío, para nosotros. Será mejor que los dejemos solos.

Y mientras ellos dormían felices pensando en la felicidad de sus hijos, éstos, inmensamente dichosos se repetían las mismas palabras que todos los enamorados, pero que a pesar de ser iguales, en cada uno de los que aman parecen completamente diferentes y que siempre serán eternas, como el sentimiento que las inspira.

Lejos de allí, al otro lado del Océano, el Emperador Bonaparte seguía su juego político, construyendo y destruyendo tronos. La gloria, la fama, las riquezas, todo le sonreía, con la mueca más agradable, su ejército marchaba triunfal sobre todas las naciones. Los vitores, y las aclamaciones de su pueblo le seguían por todas partes, pero por encima de todas aquellas alegrías pasajeras, de aquellas victorias que harían su nombre inmortal, triunfaba el amor. Tal vez si el mismo Emperador hubiera podido abandonar como Jerónimo las grandezas de su trono para hallar el amor en los brazos de la mujer que tanto adoraba, no hubiera vacilado un instante y como su hermano hubiera desaparecido para gozar de la mayor dicha que Dios ha otorgado al ser humano.

Todo su poder, todas las victorias, toda la gran influencia que ejercía en el mundo entero no fueron suficientes para obtener el amor de la mujer tan querida y cuantas veces, al acudir a su mente el recuerdo del hermano desaparecido, sus labios sonreían en silencio y exclamarían dolorosamente:

—Hiciste bien, hermano mío. El amor, únicamente el amor es la verdad grande del mundo, la que resplandece sobre todas las cosas y sobre todos los míseros intereses humanos. El hombre que no ama, que no sabe lo que es el amor, no debe vivir en este mundo, es un ser inferior y como tal, sólo es digno del desprecio de los demás.

Pero Jerónimo no podía oírlo. Era demasiado feliz en su pequeño retiro que a él se le figuraba el reino más grande del mundo, puesto que hasta por soberana tenía Betsy, que reinaba en su corazón con la fuerza indiscutible de un soberano absoluto.

FIN

Colección Ud. la Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
Sacrificio	Fay Compton
Las garras de la duda	Leda Gís
Ruperto de Henmar	Low Cody
El tren de la muerte	Coyana
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardère	G. Jacques
Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor	A. Mancini
La hija del Brigadier	Norm Greger
La Esra del mar	J. Barrymore
La mujer que supo amar	Doris Kenyon
Especto	E. Jennings
La que no sabía amar	A. Marsden
Una aventura de Luis Candelas	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhalis
El caballero de la cruz	J. Catalán
Los andares del Cais	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaia
La tragedia del payaso	G. Ekman
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Tiánio	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Banky
Canica del querer	N. Shearer
Entre el amor y el deber	R. Navarro
La vida privada de Helena de Troya	R. Coates

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Enviamos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en vales de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

LAS MIL Y UNA NOCHES

== LOS
CUENTOS
ETERNOS

Pida ahora los cuadernos publicados

**Ali-Babá
y los cuarenta ladrones**

En un solo cuaderno

Aladino

la lámpara maravillosa

En dos cuadernos

**Historia
del caballo encantado**

En un solo cuaderno

**Historia
del Principe Cododac**

En un solo cuaderno

**Aventuras
del joven Beder**

En un solo cuaderno

30 cts.
cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Barcha del Infierno	C. Vernadas
Koenigsmark	J. Cabellat
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
La mujer que supo resistir	R. La Marr
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Sotomayor	Viv. Compton
Conciencia contra ley	M. Varganyi
El lobo de París	H. Gaudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Mundo de noche	R. Meller
El último corteo	Vera Reynolds
Rosa Vieja	Chiquilla
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varietés o Agujas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schenström
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suey Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovitch

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Envíenos número, nombre y dirección completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS:
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: **30 céntimos**

Almanagues 1929

Son indiscutiblemente los mejores
y más adecuados para los niños:

TOM MIX

HOOT GIBSON

CHARLES JONES

TOM TYLER

A 30 céntimos ejemplar

PIDA TAMBIÉN

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

SOBRE SORPRESA INFANTIL. 15 »

PÍDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA